

Jueves, 5 de enero de 2017
“La caridad puesta en práctica”

1 Jn 3, 11-20

Pues este es el mensaje que habéis oído desde el principio: que nos amemos unos a otros. No como Caín, que, siendo del Maligno, mató a su hermano. Y ¿por qué le mató? Porque sus obras eran malas, mientras que las de su hermano eran justas. No os extrañéis, hermanos, si el mundo os aborrece. Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos. Quien no ama permanece en la muerte. Todo el que aborrece a su hermano es un asesino; y sabéis que ningún asesino tiene vida eterna permanente en él. En esto hemos conocido lo que es amor: en que él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar la vida por los hermanos. Si alguno que posee bienes de la tierra, ve a su hermano padecer necesidad y le cierra su corazón, ¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios?

Hijos míos, no amemos de palabra ni de boca, sino con obras y según la verdad. En esto conoceremos que somos de la verdad, y tranquilizaremos nuestra conciencia ante Él, en caso de que nos condene nuestra conciencia, pues Dios es mayor que nuestra conciencia y conoce todo.

Jesús nos hace notar que un coherente camino de seguimiento puede atraer el odio del mundo. En realidad esto es incomprensible, pues el mundo debería darse cuenta que cuando caminamos en pos del Señor y nos configuramos con Él, resplandece el amor, la verdad, la sinceridad, la bondad, la mansedumbre, etc.

Vemos que el mismo Señor fue perseguido, y esto puede sucederles también a aquellos que le siguen.

Por supuesto que hay que discernir si las enemistades surgen porque damos motivo para ello, o si se trata verdaderamente de una enemistad contra Cristo. En este caso sería una enemistad contra la verdad, una enemistad contra el amor verdadero.

El texto bíblico de este día nos señala en qué consiste el verdadero amor: „En esto

hemos conocido lo que es amor: en que él dio su vida por nosotros“. Es un amor que se entrega del todo, que no se reserva nada para sí.

Podemos reconocer esta calidad del amor de Dios en el momento en que se nos abren los ojos, cuando en su luz se nos revela quién es Dios y cómo es Dios. Si no, sigue siendo un misterio inaccesible para nosotros.

Lamentablemente puede suceder, incluso tratándose de una persona verdaderamente amorosa, que surjan difamaciones maliciosas o que no se entiendan bien sus intenciones o incluso que se las malinterprete. Puede tratarse también de un espíritu oscuro de confusión, que actúa distorsionándolo todo.

Por el testimonio del Evangelio sabemos cuánto bien hizo Jesús. Incluso resucitó muertos: pensemos, por ejemplo, en el pasaje de la resurrección de Lázaro. Hubo entonces un grupo de fariseos junto con otras personas que, en lugar de estar agradecidos por este gran milagro, tomaron la decisión de llevar a Jesús a la muerte. E incluso querían dar muerte también a Lázaro, pues él era un testimonio viviente del poder de Jesús. La resurrección de Lázaro obligó a los fariseos a tomar una decisión: o creer en Jesús o rechazarlo. Como su corazón estaba endurecido, lo rechazaron, y en consecuencia tomaron la terrible medida que ya conocemos.

Existe entonces una razón por la cual los discípulos de Jesús pueden hacerse acreedores del odio del mundo, pues el encuentro con el Evangelio y, por tanto, el encuentro con Jesús pone al hombre delante de una decisión: o acepta el Evangelio o lo rechaza; o transforma su vida acorde a sus exigencias o se resiste a hacerlo. Un estado „neutro“ o un término medio no puede subsistir a largo plazo.

Si aceptamos el Evangelio habrán determinaciones, pues se nos hace el llamado a aprender a amar verdaderamente a Dios y al prójimo. Somos llamados a aprender a ver al prójimo en la luz de Dios, a aceptarlo en la misma medida en que Dios lo acepta. Para eso se requiere una educación del corazón. En este reto a vivir el gran amor, probablemente descubramos resistencias en nuestro interior, sea la envidia, los celos, una excesiva competitividad, entre muchos otros... El Espíritu Santo quiere vencer todas estas resistencias en nosotros, para que como „hombres nuevos“ podamos ser capaces de amar en verdad.

Existe, pues, en el mundo una enemistad contra Dios, y ésta misma puede experimentar su discípulo cuando, por su causa, sufre persecución y rechazo.

Nuestra tarea sigue siendo pasar de la muerte a la vida, como hoy nos dice el texto, y ahí donde hay amor, ahí está la vida verdadera. El amor es un gran sí. En el modo en que Dios nos ama, en la entrega de Cristo por nosotros, dando su vida para llevarnos de las tinieblas a la luz, reconocemos el SÍ de Dios hacia nosotros.

Aquí se hace concreto el Evangelio, pues el amor de Dios por nosotros es también concreto. La verdad del amor que hemos recibido quiere manifestarse en el servicio a nuestro hermano; de lo contrario, el amor no está vivo. Pero el amor es vida y para que esta vida quiere transmitirse: el amor se quiere donar y no quiere quedarse en sí mismo; quiere hacerse concreto y no permanecer abstracto. Así es como Dios se hizo hombre por nosotros, mostrándonos concretamente su amor. No amemos, pues, de palabra y de boca; sino con obras y según la verdad.